

Textos de la Eucaristía del Domingo

Primera Lectura: Is 9, 1-4

El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz; a los que habitaban en tierra de sombras una luz les ha brillado. Has multiplicado su alborozo, has acrecentado su alegría: se alegran ante ti con la alegría de la siega, como se regocijan al repartirse un botín. Porque, como hiciste el día de Madián, has roto el yugo que pesaba sobre ellos, la vara que castigaba sus espaldas, el bastón opresor que los hería. He aquí que todo calzado de guerra, todo manto empapado de sangre, está siendo quemado, devorado por el fuego.

Salmo Responsorial: Sal 26, 1.4.13-14

R. El Señor es mi luz y mi salvación.

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?
El Señor es mi fortaleza, ¿quién me hará temblar?
Una cosa pido al Señor, sólo eso ando buscando:
vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida,
gustar la dulzura del Señor frecuentando su templo.
Espero gozar los bienes del Señor en la tierra de los vivos.
Espera en el Señor, sé fuerte; ten ánimo, espera en el Señor.

R. El Señor es mi luz y mi salvación.

Segunda Lectura: 1 Cor 1, 10-13.17

Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os pongáis de acuerdo para que no haya divisiones entre vosotros, sino que conservéis la armonía en el pensar y en el sentir. Os digo esto, hermanos míos, porque los de Cloe me han informado de que hay discordias entre vosotros. Me refiero a eso que unos y otros andáis diciendo: «Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Pedro, yo de Cristo». Pero, ¿es que está dividido Cristo? ¿Ha sido crucificado Pablo por vosotros o habéis sido bautizados en su nombre?

Porque Cristo no me ha enviado a bautizar, sino a evangelizar, y esto sin hacer ostentación de elocuencia, para que no se desvirtúe la cruz de Cristo.

Evangelio: Mt 4,12-23

Al oír Jesús que Juan había sido encarcelado, se volvió a Galilea. Dejó Nazaret y se fue a vivir a Cafarnaún, junto al lago, en la frontera de Zabulón y Neftalí; para

que se cumpliera lo anunciado por el profeta Isaías: Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los paganos. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una gran luz, a los que habitaban en una región de sombra de muerte una luz les brilló. Desde entonces empezó Jesús a predicar diciendo:

-Arrepentíos, porque está llegando el reino de los cielos. Paseando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos: Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, que estaban echando la red en el lago, pues eran pescadores. Les dijo: -Veníos detrás de mí y os haré pescadores de hombres. Ellos dejaron al instante las redes y lo siguieron. Más adelante vio a otros dos hermanos: Santiago, el de Zebedeo, y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre Zebedeo, reparando las redes. Los llamó también, y ellos, dejando al punto la barca y a su padre, lo siguieron. Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas. Anunciaba la buena noticia del reino y curaba las enfermedades y las dolencias del pueblo.



Reflexión : Del libro “ Seguir a Jesús en la vida Ordinaria “ de Javier Garrido

1. Situación

Muchas veces los cristianos, las personas de religión, somos asociados a lo conservador, al orden establecido. Viene de lejos, del hecho histórico de las resistencias a aceptar los diversos movimientos de cambio social de los siglos pasados. ¿Miedo a la violencia y rechazo de sus presupuestos ideológicos? ¿O Iglesia, tal vez, demasiado establecida en el poder, olvidada de la revolución que el Mesías Jesús puso en marcha y está pendiente todavía hoy?

Para que el Evangelio siga siendo algo vivo y nos implique efectivamente, la primera cuestión es ésta: ¿Estamos dispuestos a cambiar radicalmente, a no establecernos en el Sistema, es decir, a convertirnos?

2. Contemplación

Ahí los tienes, realizando la tarea que hicieron sus padres y sus abuelos, pescar. ¿No es el sobrevivir la ley básica que sigue la especie humana? Casarse, tener hijos, gozar de las pequeñas satisfacciones, preocuparse por el futuro y morir... Jesús se acerca y lo revoluciona todo: «Seguidme y os haré pescadores de hombres». Sin duda, antes de que Jesús los llamase, ellos deseaban algo distinto. Para un israelita honrado y creyente, lo distinto, lo que iba a cambiar el Sistema, lo esperado ardientemente era el Reino. El evangelista no retrata exactamente la escena junto al lago de Galilea, pues la experiencia del discipulado fue un proceso de adhesión a Jesús que necesitó tiempo, crisis y momentos intensos. Nos dice, concretamente, en qué consiste: en creer en Jesús y participar de su misión, dejándolo todo. Eso ocurrió en un rincón de Palestina llamado Galilea, que no era precisamente valorado por los jefes religiosos de Jerusalén, ya que era tierra de paganos y los israelitas no se mezclaban con los «impuros». De ahí vino la Luz, una vez más, rompiendo los esquemas preestablecidos, tal como lo anunció el Profeta (primera lectura).

3. Reflexión

La frase central de hoy es: «Convertíos, porque el Reino de Dios está cerca». La vocación de los primeros discípulos es una experiencia de conversión, especialmente significativa por lo que implica de cambio en la forma de vida y de radicalidad en la adhesión a Jesús. Las vocaciones «especiales» no son modelos prácticos a cumplir, sino lo contrario: referencias que explicitan la experiencia común, la de todo cristiano que cree en el Mesías Jesús y su mensaje del Reino. Aquí se nota la madurez de un creyente: El infantil ve la escena y, como no puede hacer lo que hicieron Pedro y Andrés, Santiago y Juan, se queda tranquilo con su fe «del montón»; en el mejor de los casos, se pone triste, por no haber sido llamado a ser de los «íntimos», y acepta resignado su vocación de segunda clase. El cristiano maduro se siente profundamente identificado con la escena vocacional; pero distingue la forma externa y la experiencia fundamental. No intenta reproducir el cambio externo de los discípulos; pero no se limita a pensar en el cambio interno. Inmediatamente piensa cómo seguir a Jesús con su vida entera. A esto somos invitados: a convertirnos al Reino en la vida ordinaria. El que no sea capaz de vivir el Reino en lo ordinario, tampoco lo hará en lo extraordinario; o a la inversa, si seguir a Jesús en un arranque de entrega no se manifiesta en el cada-día, hay que dudar de su autenticidad.

4. Praxis

Traduce las reflexiones anteriores en estos puntos:

- ¿Estás dispuesto a un cambio radical de actitud, o ya te has montado tu Sistema de seguridad? Creer en el Reino supone entrar bajo la iniciativa de Dios, es decir, dejar a Dios que guíe la propia vida. Disponibilidad, como Jesús, el que trae el Reino (domingo pasado), como los discípulos, llamados a participar en el Reino.
- ¿Qué realidades te impiden esta conversión? Piensa en cosas, situaciones, relaciones humanas, sobre todo, en ti mismo. Solemos querer cambiar en aquello que nos molesta (defectos personales) o que rompe nuestro ideal de cristiano ejemplar; amor propio. Hay que descubrir lo que realmente nos impide seguir a Jesús. El Evangelio de los domingos que vienen nos ayudarán a ello; pero ya, desde hoy, hemos de aprender a discernir en la maraña de lo que somos y vivimos.

TEXTO DE FRANCISCO: ALABANZAS DEL DIOS ALTÍSIMO (AID)

Tú eres santo, Señor Dios único, que haces maravillas (Sal 76,15). Tú eres fuerte, tú eres grande (cf. Sal 85,10), tú eres altísimo, tú eres rey omnipotente, tú, Padre santo (Jn 17,11), rey del cielo y de la tierra (cf. Mt 11,25). Tú eres trino y uno, Señor Dios de dioses (cf. Sal 135,2), tú eres el bien, todo el bien, el sumo bien, Señor Dios vivo y verdadero (cf. 1 Tes 1,9). Tú eres amor, caridad; tú eres sabiduría, tú eres humildad, tú eres paciencia (Sal 70,5), tú eres belleza, tú eres mansedumbre, tú eres seguridad, tú eres quietud, tú eres gozo, tú eres nuestra esperanza y alegría, tú eres justicia, tú eres templanza, tú eres toda nuestra riqueza a satisfacción. Tú eres belleza, tú eres mansedumbre; tú eres protector (Sal 30,5), tú eres custodio y defensor nuestro; tú eres fortaleza (cf. Sal 42,2), tú eres refrigerio. Tú eres esperanza nuestra, tú eres fe nuestra, tú eres caridad nuestra, tú eres toda dulzura nuestra, tú eres vida eterna nuestra: Grande y admirable Señor, Dios omnipotente, misericordioso Salvador